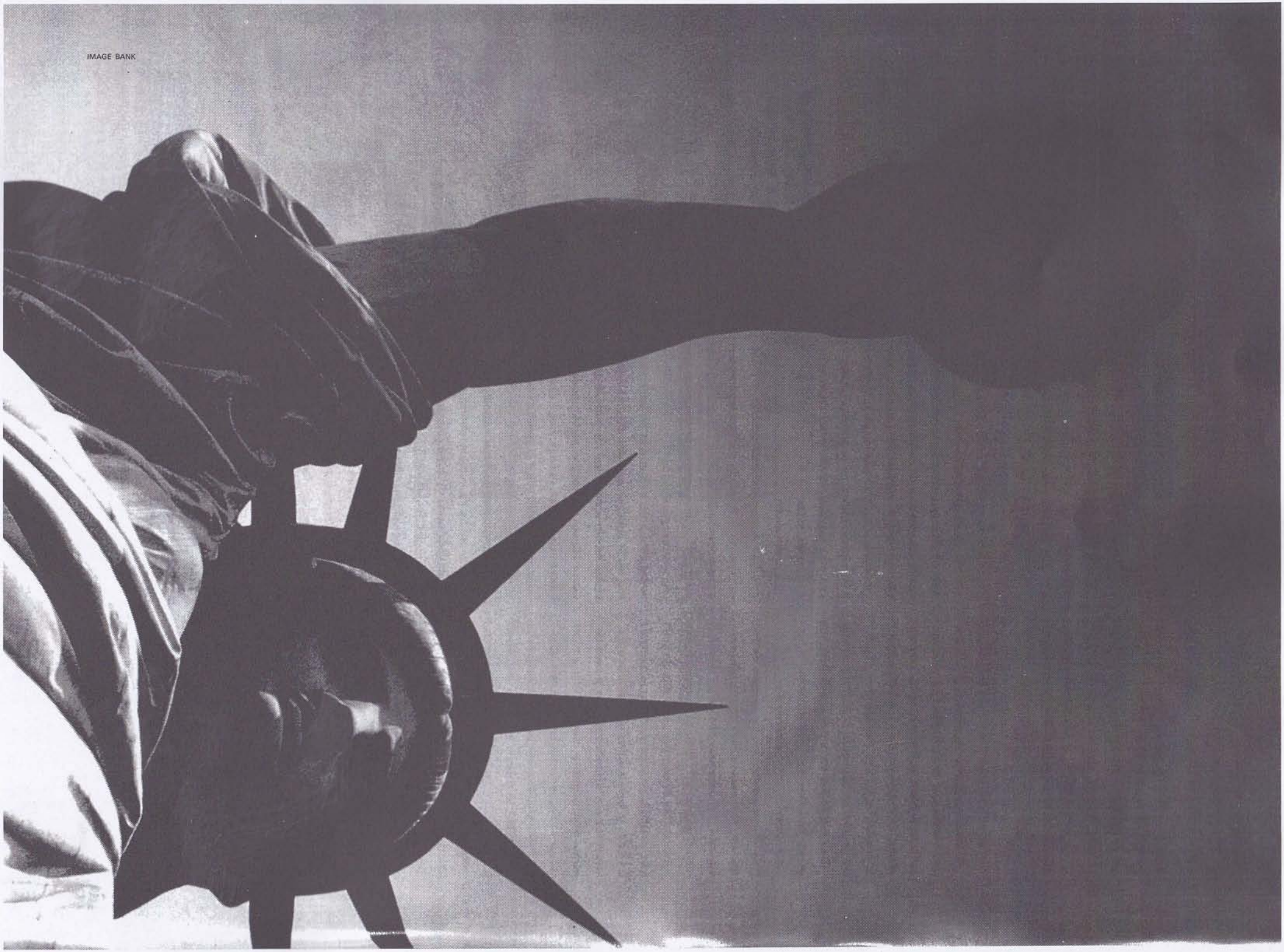


IMAGE BANK

Cinco vagabundos cenan, son [illegible]

refrigerado del Citibank. Uno [illegible]

franqueado la puerta automática. Un [illegible]

su loft, puro diseño, en Tribeca, y lejos de [illegible]

sacan a tomar el aire a sus pájaros de colores. [illegible]

la policía inmoviliza a veinticinco dominic[illegible]

pared. En este marasmo de razas y nacionalidades, los esp[illegible]

son cada vez un ave menos rara. Ya no son tan pocos, [illegible]

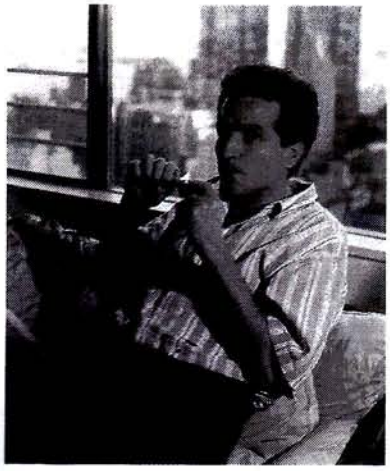
de paso, ni en oficios auxiliares. Artistas de todas las artes, [illegible]

banqueros, arquitectos y médicos, en una especie de consagración

de la fecundidad, cuajan sus obras en esta ciudad indómita.

CARLES CASAJUANA

«Nueva York es un colegio mayor para gente de treinta a treinta y cinco años. Vienen de todos los países y de todas las profesiones, a aprender y a abrirse camino en un medio muy difícil porque la competencia es con el mundo entero. Es donde se la juegan». A orillas de East River está el edificio de las Naciones Unidas y desde la casa de Carles Casajuana se ve este río que circunda medio Manhattan. A sus treinta y seis años, este diplomático y escritor ha vivido en Barcelona, Bolivia y Filipinas. Ha publicado tres novelas en catalán, una de ellas editada en castellano por Anagrama. Es un novelista que desmitifica abiertamente el proceso de escribir y esa aureola de sufrimiento y camino de espinas que rodea a otros escritores. «Empecé hace ocho años. Me aburría y me cogió el vicio». Y como tal lo disfruta.



«Si admitimos el fracaso como valor, puede que fallemos varias veces en distintos campos y un buen día triunfemos por un error de cálculo»

Aunque lo que más le gusta es inventar situaciones, personajes y experimentar con diferentes técnicas, sus títulos y argumentos descubren parte de su manera de pensar y de su manera de vivir. La novela que está escribiendo ahora, *El apátrida*, probablemente tiene que ver con su idea de que el que vive como un nómada se pierde esa información por ósmosis que tiene el que vive siempre en el mismo lugar. *Tap d'escopeta (Bala de corcho*, 1987), su primera novela, «es una elaboración extraña sobre una idea divertida: el derecho al fracaso. El triunfo, una exigencia tan contemporánea, es algo que no está al alcance de todo el mundo y de ahí su encanto como señuelo. Pero si admitimos el fracaso como valor, puede que fallemos varias veces en distintos campos y un día triunfemos por un error de cálculo. Mi personaje reivindica ese derecho en un pequeño grupo de amigos. Lo jodido del fracaso funciona en un círculo muy estrecho».

Desde luego este derecho no es algo muy admitido en Nueva York, pero existen otros más exóticos.

FOTOS: MARÍA MILLÁN

MARCELINO MOLDES

En Navidad, el primer rascacielos español sumará sus luces al *sky line* neoyorquino. La nueva sede del Banco de Santander, en Park Avenue, intenta hermanarse con el AT&T, el Citicorp y el IBM Building. Hacia allí caminamos —deprisa, deprisa, al ritmo de marcha atlética que impone esta ciudad— con Marcelino Moldes, el arquitecto gallego que ha participado en el proyecto y la construcción del edificio. Una torre de aluminio de 20 plantas que costará 24 millones de dólares.

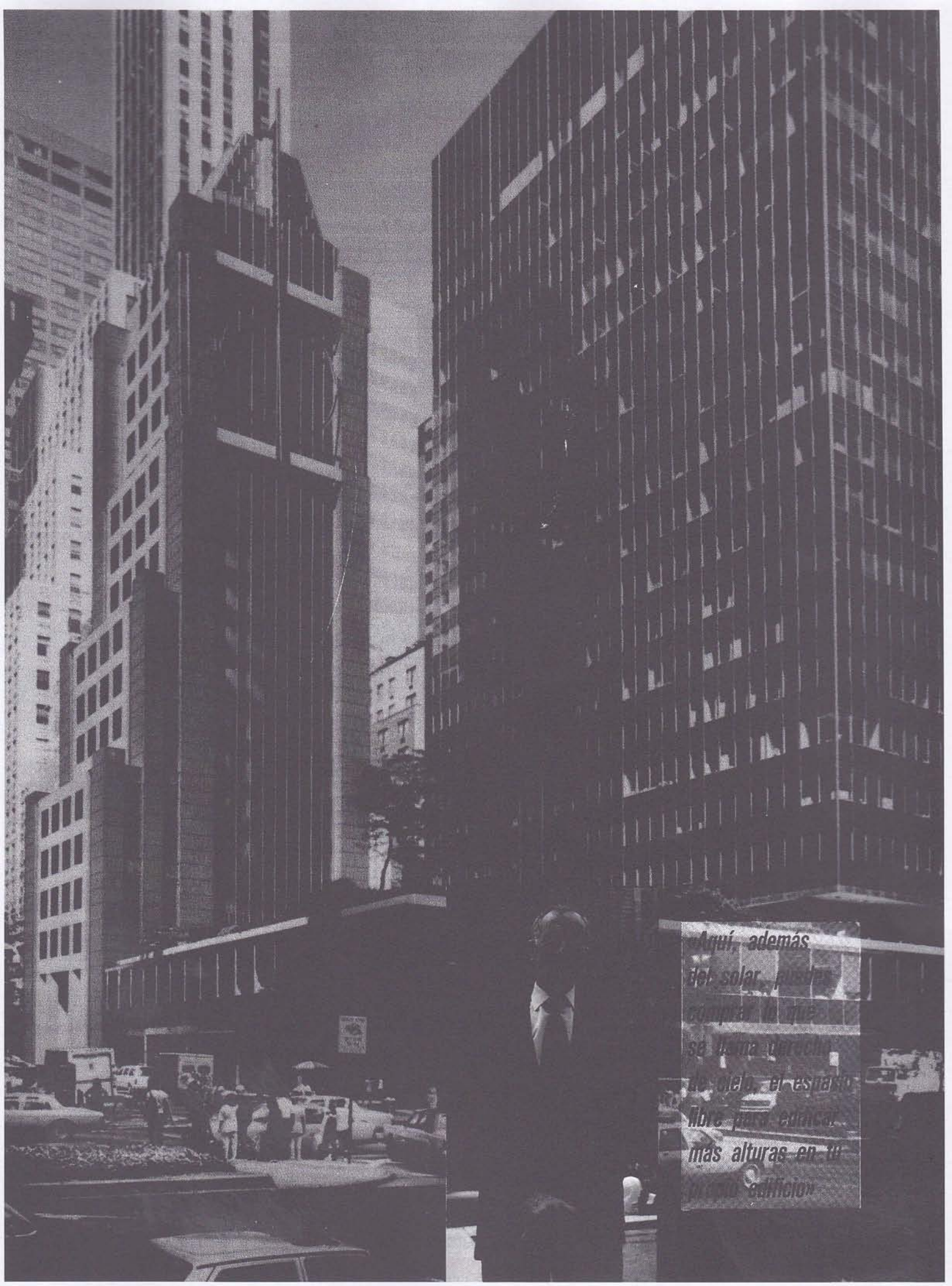
Veinticinco años en esta ciudad no le han cambiado mucho, pero le han hecho conocer bien sus entresijos, sobre todo los del negocio inmobiliario. «Aquí, además del solar, puedes comprar lo que se llama el derecho de cielo, el espacio libre para edificar más alturas en tu propio edificio o incluso por encima de otro, que no es de tu propiedad, respetando el preexistente». En su larga carrera ha participado también en el diseño de dos grandes edificios que S.O.M. (Skidmore Owings Merril, uno de los más prestigiosos estudios del mundo) ha construido en Nueva York.

Después de 25 años, Marcelino Moldes conoce muy bien los entresijos del negocio inmobiliario neoyorquino.

A raíz de la Guerra del Golfo, la ciudad rezuma una psicosis de crisis generalizada, que se vive con especial dramatismo en el sector inmobiliario. De todos modos aquí todo es grande y masivo. En la firma americana para la que trabaja Moldes podría aparecer, en cualquier momento, el oficinista Jack Lemmon, sudoroso y en mangas de camisa buscando el reloj para fichar. «El arquitecto en Nueva York es un número y en Europa una personalidad».

JAVIER DOMINGO

A lo largo de los muelles del Hudson las calles están tan vacías como las viejas naves portuarias abandonadas. Sólo dos negros sestean en las escalerillas de una casa. Un montacargas industrial de antes de cualquier guerra se tambalea sospechosamente hasta llegar arriba. Dentro, un *brunch* (esa especie de comida única que hacen los neoyorquinos en fin de semana) sin horario incluye champán, tortilla de patatas y personajes de toda laya. El jefe de servicio de patología de un hospital, pelo blanco, traje y corbata. Dos fotógrafos y su mo-


«Aquí, además
del solar, puedes
comprar lo que
se llama derecho
de cielo, el espacio
libre para edificar
más alturas en tu
propio edificio»

delo que posa en la azotea. Un vaquero de dos metros, obsesionado por los tobillos de una jamaicana, luce palmito y botas de caña. Varias mujeres: dos españolas, una oriental, una africana. Un niño. Todos entran, salen y se renuevan como un buen vodevil.

El anfitrión Javier Domingo es un personaje inclasificable. Médico patólogo, investigador del sida, productor del teatro experimental, actor, modelo, fotógrafo y dueño del Gas Station, un local indefinible de la vanguardia neoyorquina. «Nací en Tarragona el 29 de febrero del 44. Soy bisiesto, así que tengo ahora doce años. Al llegar a Nueva York, cogí este *loft* en Tribeca. Hace dos años ibas de loft en loft y de artista en artista. El espacio y la interacción con la gente era un lujo que se acabó a mediados de los 80 por presiones económicas. El barrio se puso de moda y los artistas tuvieron que emigrar a zonas más modestas. Ahora viven aquí ejecutivos y yuppies que los modernizan y decoran muy de diseño». Este movimiento migratorio es típico de Nueva York. Primero el Village, luego Soho, ahora Tribeca... «Entonces yo también trasladé a mi trabajo y entre tres amigos alquilamos una vieja gasolinera. Por el día es taller de escultura y por las noches hacemos todo tipo de actividades artísticas: música, danza, lecturas literarias, teatro experimental sin libreto... Pusimos un bar; vendiendo alcohol financiamos el resto y hasta le sacamos un poco de dinero. Mi función fue de malabarista, mantener el proceso».

Médico patólogo, investigador del sida, productor de teatro, fotógrafo, actor, modelo y dueño del Gas Station, un local inclasificable, Javier Domingo (en la página siguiente) refleja en su obra (arriba) aspectos de una ciudad que él considera el «lujo» de cinco millones de locos.

A pesar de estar en una de las zonas *dudosas* —la avenida B con la calle 2— por el Gas Station ha pasado media ciudad y buena parte de su población flotante, y como plataforma artística ha funcionado. Nueva York es tanto que parece como si todo el mundo necesitara, para soportarlo, alternarlo con otro lugar. Javier Domingo pasa todo el invierno en Brasil y luego, como médico, hace suplencias en Nueva York. «Decidí cambiar porque la medicina en este país se está haciendo muy rígida. Los ejecutivos controlan los hospitales y sólo hablan de dinero y de marketing».

Javier Domingo es tan versátil como la ciudad que ha elegido: «Nueva York es otro país, es un lujo que se permite esta sociedad; aquí viven cinco millones de locos gracias a que hay otros doscientos millones que hacen otras cosas».

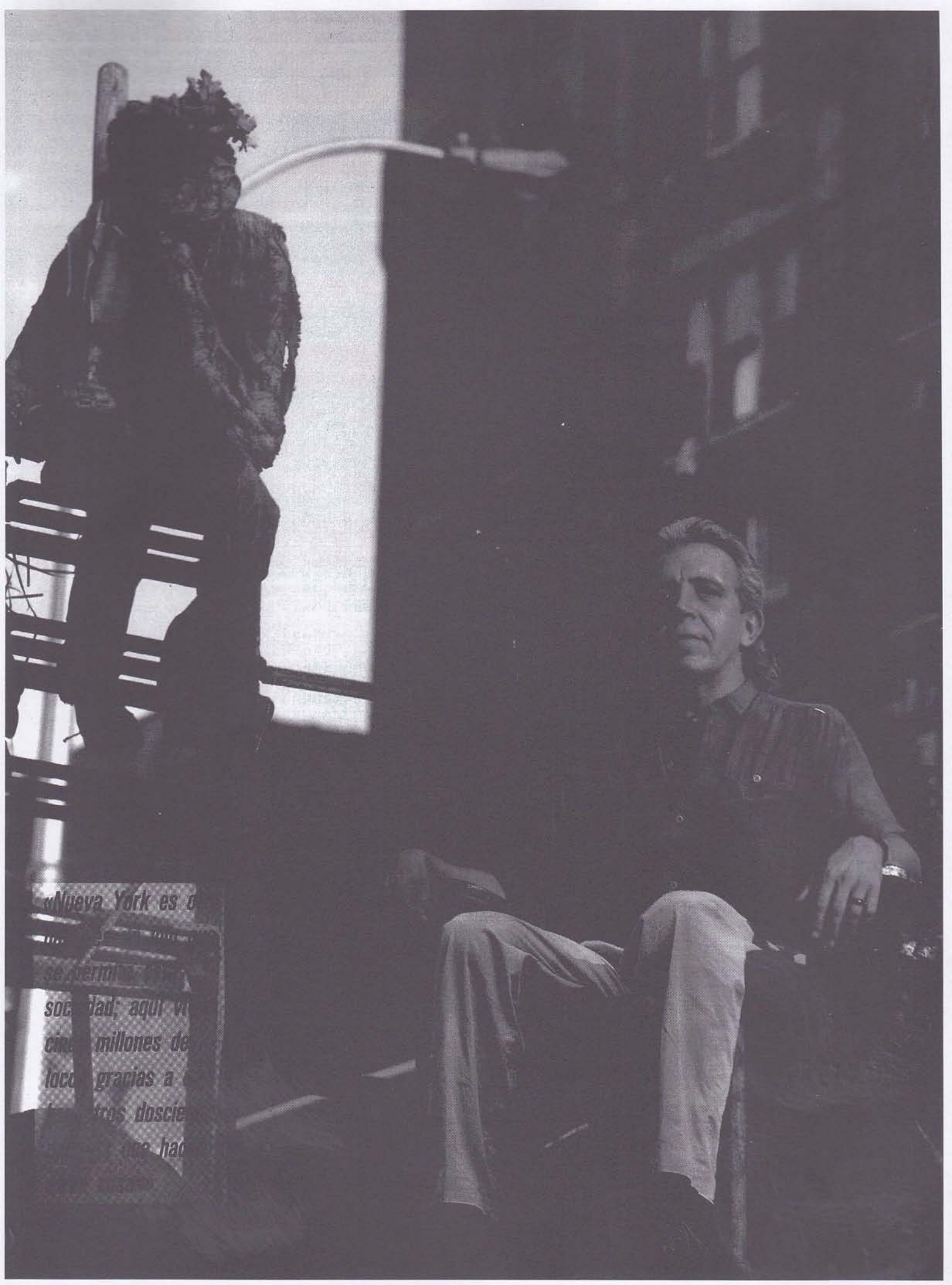
JUAN USLÉ

Es sábado a mediodía y ya empieza a entrar gente en el *Peter Lugger*, el *steak house* más reputado de Nueva York. Enfrente viven los pintores Juan Uslé y Victoria Civera. En una casa-taller de dos plantas, bajo el puente de Williamsburg, con un pequeño patio-jardín bastante salvaje detrás. Brooklyn es una ciudad con tres siglos de antigüedad y más habitantes que Manhattan. Es también un cruce de etnias. Delimitadas por algunas de las mil fronteras invisibles de Nueva York, se agrupan en barrios: el hispano, el polaco, el italiano y el hasidita, la segunda comunidad judía más grande de la ciudad. Todos ellos dentro de la inevitable dinámica de la ciudad, unidos y a la vez tan alejados como sus orígenes. El punto de conexión sólo se da en la intersección del estatus social. «A la vez estás en el lío y fuera de él», dice Uslé. «El puente te separa y también te conduce al fragor de la ciudad cuando lo buscas. Yo me siento muy a gusto aquí».

La soledad es importante para un artista como él. Tiene 33 años y una hija de diez: «Cuando nació, vivíamos en un bosque al lado de un río y unas peñas fantásticas. En una situación muy idílica y al margen de la realidad de la vida. Vicky siempre ha tenido una relación con la pintura muy directa y muy natural que es lo que yo jamás he tenido. Siempre he sido un traumado del arte. Nunca he tenido una caja de pinturas, ni un caballete, ni siquiera cuando hacía Bellas Artes».

El paisaje y el aislamiento siguen siendo un continuo *leiv motiv*. Juan Uslé hace muchos años que se refugia en el campo de Cantabria e incluso allí huye cada vez más lejos de Santander ciudad y del zuriburri de sus cursos de verano. Su venida a Estados Unidos fue un poco resultado del accidente y de la voluntad. «Llegué a Nueva York en mayo, una época magnífica, y me encantó. Ese año fui a São Paulo, a la Bienal, representando a España, y conseguí una beca Fulbright con la que me vine».

De entonces acá ha llovido mucho y hoy es un artista muy conso-


«Nueva York es
soc dad, aquí
millones de
loco gracias a
ros doscie
hac

Brooklyn es una ciudad con tres siglos de antigüedad, un cruce de etnias, delimitadas por las mil fronteras invisibles de Nueva York

lidado. Su carrera ha ido paso a paso. «Las carreras aceleradas con estrellato súbito me parecen muy peligrosas sobre todo para la obra y para el *coco*». Este verano ha tenido dos exposiciones simultáneas en Santander. En otoño, paralelamente a la FIAC, expondrá en la gelería Farideh Cadot de París y, después, en invierno, en la Joan Prats de Barcelona.

Mucha gente le ve como un pintor de paisajes abstractos. Siempre se le ubica en la frontera entre representación y no representación. «Los paisajes son siempre interiores. El ojo es el cerebro».

Ojo y paisaje*, 1989 (izquierda) y *Yellow line*, 1988 (derecha). Pintados por Juan Uslé, dentro de la colección *The last dreams of captain Nemo.

***Alicia ausente*, 1989 *(The last dreams of captain Nemo).* Juan Uslé.**

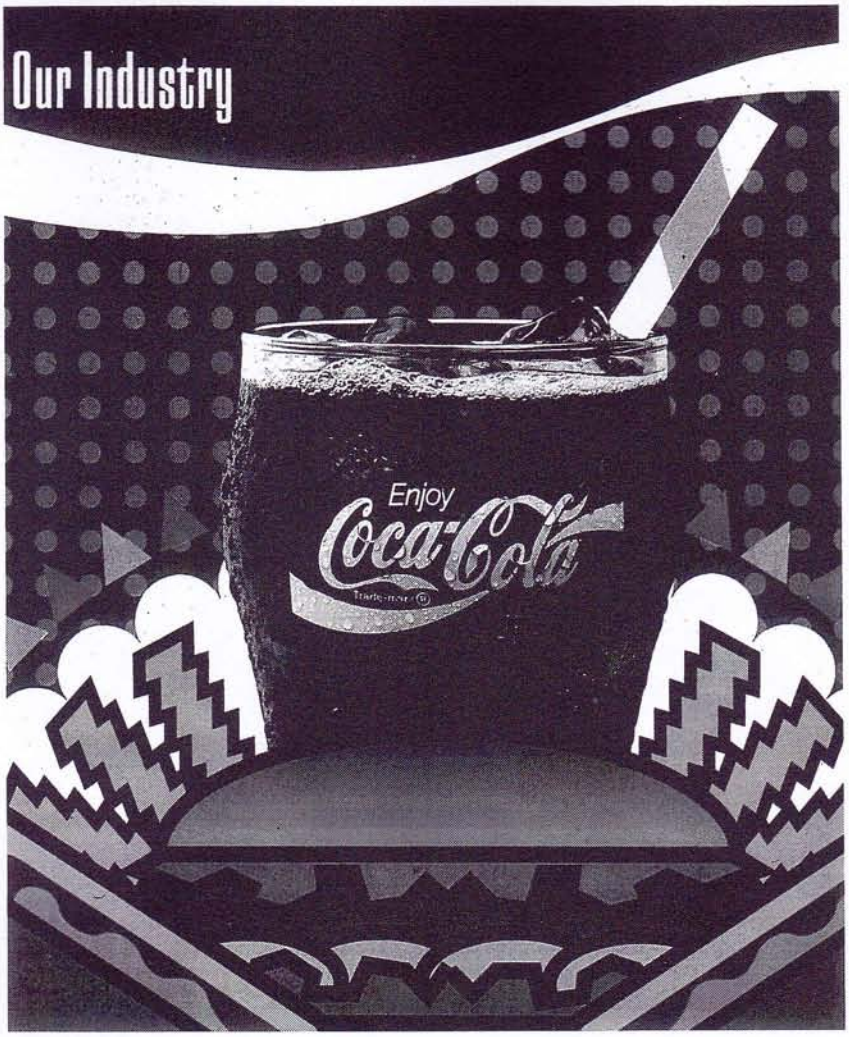
VALENTÍN FUSTER

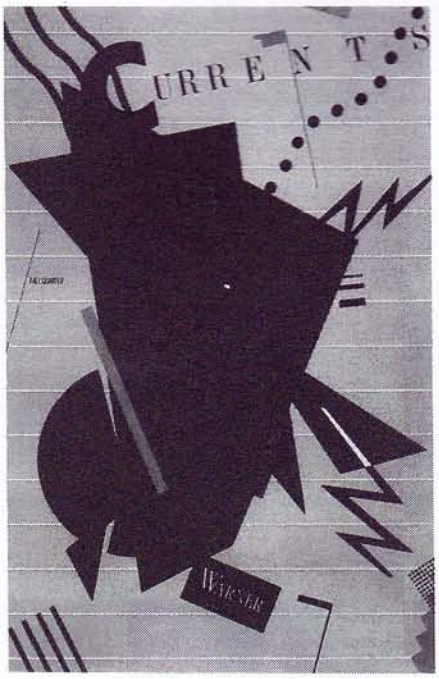
El Mount Sinai es un hospital mítico y no sólo porque a sus puertas se rodó una jocosa escena de la película *Hannah y sus hermanas*. Woody Allen sale, perplejo y humillado, porque el médico le ha asegurado que es estéril... Mia Farrow le pregunta: «¿Te has *estropeado* de alguna manera? No sé... ¿exceso de masturbación?» Y él contesta: «¿Por qué no dejas de meterte con mis aficiones?».

Valentín Fuster es español, nacido en Barcelona en 1942, y desde hace nueve años dirige el servicio de cardiología de este gran hospital neoyorquino. Es uno de los cardiólogos más importantes de los Estados Unidos y una autoridad en cirugía cardiovascular y en prevención y tratamiento de la arteriosclerosis en todo el mundo. En su anecdotario tiene haber salvado la vida de Javier Pérez de Cuéllar, y de otros muchos famosos. Pero como a la mayoría de nuestros científicos, exceptuando Juan Oró y otros dos, hasta que no se jubile aquí no le conocerá nadie.

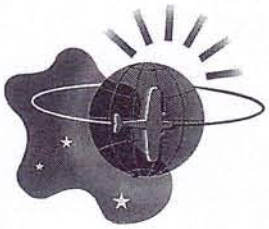
Para él, ese horizonte está todavía muy lejos: «Mi gran ambición profesional ha sido crear en España un Instituto de Cardiología». El ministro Solana apoyó el proyecto, «pero al final, por razones muy oscuras que nunca sabré, no se ha llevado a cabo. En ese momento (1990/91) tenía dos ofertas simultáneas a cual mejor: Stanford y Harvard. Acepté esta última y ya nunca volveré a España. Mi mejor vivencia en Nueva York es haber logrado sacar dinero a quien puede darlo para crear una clínica de cardiología para gente pobre». Mucho sol y una sola nube en la experiencia neoyorquina de este médico español. «Ha sido extraordinaria. La única sombra es la enorme diferencia de clases que se agudiza porque ésta es una ciudad muy difícil, muy cargada emocionalmente. Vivir 20 años aquí es como vivir 70 en otra ciudad. Esta divergencia extrema entre los muy ricos y los extraordinariamente pobres te obliga, como médico, a tomar ciertas decisiones personales».

«La diferencia de clases se agudiza por ser una ciudad difícil. Vivir 20 años aquí es como vivir 70 en otra»





Logotipos y carteles de empresas de primer orden (arriba y a los lados) demuestran el prestigio alcanzado por Javier Romero (abajo), un diseñador gráfico que a los 37 años ya tiene empresa propia y casa privilegiada en el corazón de la «Gran Manzana».



JAVIER ROMERO

Javier Romero, diseñador gráfico, está atrapado en la gran ciudad. «Llevo una vida tan frenética que no tengo un minuto en todo el día. Trabajo desde las ocho de la mañana hasta las nueve y media de la noche». A sus 37 años tiene una empresa propia y una cartera de clientes del más esmerado lujo: Sony, CBS, Volkswagen, The New York Times, Walt Disney... «Desde que llegué en 1980 he ido subiendo cada vez más y más. Cuando el año pasado le comenté a Mariscal mis planes de venir a España, me dijo: Fenomenal, porque eso va a hacer subir el nivel».

En el país de la especialización, ellos hacen de todo: estudios de identidad corporativa, portadas de discos, de libros, publicidad. «A nosotros —aunque yo sea el motor, somos un grupo— nos llaman cuando quieren algo más futuristas más vivo. Aquí está todo tan controlado, ¡es tan marketing! Mi filosofía es llegar de corazón a cora-

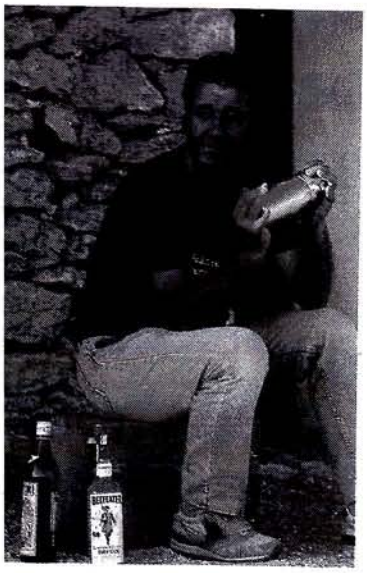
«No tengo amigos americanos porque aquí las relaciones son siempre interesadas, para crear una relación de trabajo»

zón, de emoción a emoción. Hay un elemento casi mágico en una pieza de comunicación: la fascinación». Parece que este elemento tan emotivo no le funciona tan bien en sus relaciones personales con los neoyorquinos: «Casi todos mis amigos se han vuelto a España y amigos americanos no tengo porque me he dado cuenta de que siempre son amistades interesadas, para crear una relación de trabajo».

Este año ha abierto una sucursal en Madrid, aunque ya tenía clientes nacionales. «Con la Sociedad General de Autores empezamos el año pasado creando toda la imagen de su participación en el New Music Seminar, un encuentro en el que participan 30 países. Tuvimos un éxito tremendo. Creamos una imagen tan fresca que atrajo a todo el mundo». Javier Romero vive con su mujer, que es coreana, y sus dos hijas, en Grammercy Park, el único parque privado de Nueva York. Un paraje insólito que parece más bien londinense. Su proyecto más importante es arrancar fuerte en España, donde espera instalarse definitivamente «porque hay mayor calidad de vida».

DIONISIO CAÑAS

«Los vagabundos blancos son un fenómeno muy representativo de lo que hoy es esa ciudad. Al primero que yo conocí le dije: Mira, no te voy a dar dinero pero si quieres vamos a comer. Y fuimos a un McDonald's y luego a tomar una copa, que es lo que en realidad quería. Me contó su vida: era un banquero de Filadelfia que, harto, había abandonado el trabajo y la familia y se había echado a la calle. Luego se quedó un rato abstraído y pensativo y yo, un poco románticamente, y suponiendo alguna metafísica, le pregunté: ¿En qué piensas?... Pero él me dijo: En cómo me las arreglaré para que me invites a otra cerveza».



«Los vagabundos blancos son un fenómeno muy representativo de lo que hoy es esta ciudad. Conocí a uno que era un banquero harto de todo»

Todo es normal en Nueva York, hasta que un personaje que buscas se haya ido de año sabático a Tomelloso. Éste es el caso de Dionisio Cañas. Nació en ese pueblo hace 41 años y vive en el West Side desde 1973. Ha publicado cuatro libros de poesía, y su novela, *Bar McCarthy's*, está en el purgatorio de las editoriales. Profesor de literatura hispánica en la Universidad de la Ciudad, ha abandonado el traje y el lazo de pajarita y luce patillas a lo Curro Jiménez y cierto aspecto provocador de estibador portuario.

En su novela y en la vida real ha explorado lo que muchos bautizaron como el último escalón de la sociedad neoyorquina, un universo donde la intensidad y el miedo son un modo de vida. «Es el mundo de los *homeless*, de los sin techo, de los hispanos, de la droga, de los bares nocturnos. En él siempre hay un peligro acechante y esto, aunque soy muy miedoso, me excita y me gusta siempre».

Los *homeless* son la pesadilla americana. Son como el reverso de América. Los vagabundos blancos lo son por elección, un poco como los cínicos de la Grecia clásica. Es una actitud algo parecida a la de los gitanos». A pesar de la ola de puritanismo que embarga a la ciudad, personajes como el protagonista de su novela, un ejecutivo con una vida nocturna que roza siempre el límite, son frecuentes. «Yo he conocido mucha gente con esa doble vida. El espacio de esta ciudad lo facilita. Está llena de fronteras. Además hay una especie de *laissez faire* siempre que eso no afecte a su trabajo. La cuestión es no interferir en la idea de producción que la gente tiene. Si respetas eso, lo demás da igual».

Dionisio Cañas es un artista-escritor al que en este momento interesa el trabajo colectivo. Con los pintores Patricia Gades y Juan Ugalde forma el grupo *Estrujenbank*. Aporta textos y recoge y selecciona materiales como fotos, recortes de periódicos, imágenes publicitarias, envases, que se mezclan con los cuadros en sí. «Sin pintar directamente siento que los cuadros son tan míos como de ellos».

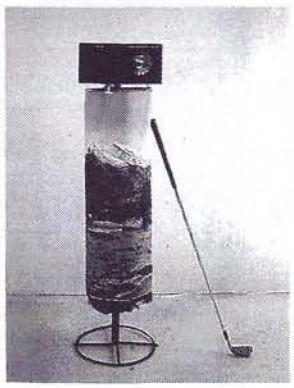
CARLOS PAZOS

«Nací en Barcelona en el 49 y me dedico a esto que no sé como llamarlo porque no es pintura ni es nada, a los cachivaches, desde los 20 años. Llevó 21 años de mili y espero seguir en ello hasta que la muerte nos separe». Ésta es la glosa que hace de sí mismo Carlos Pazos, un artista que trabaja con la materia más neoyorquina de todas: la basura, los restos, los desechos de la gran ciudad, y los transforma en composiciones exquisitas.

«Nueva York es pintoresco. Yo entiendo la realidad así: esta mezcla bárbara, estúpida, de situaciones que confluyen»

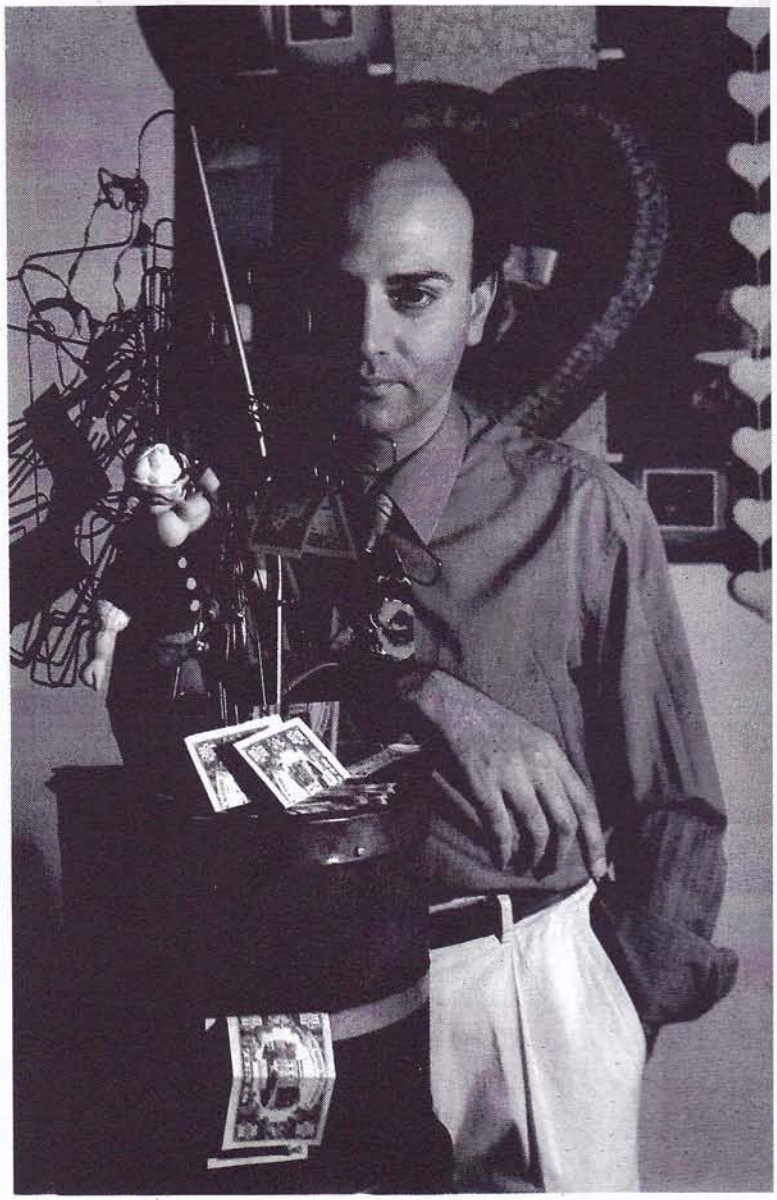
Abandonó arquitectura en tercero de carrera, hizo diseño y filosofía y letras, que también abandonó. Durante siete años tuvo que trabajar en otras cosas para vivr: «Monté una sala de baile en Barcelona con música en directo y una coctelería. Económicamente era un gran éxito pero lo dejamos porque nos exigía mucho esfuerzo».

La exposición de su obra en el Beaubourg de París marcó un hito en su carrera por la repercusión que tuvo en España. Desde entonces ha hecho 35 exposiciones individuales y participado en unas 200 colectivas. Este mes de noviembre vuelve a París con una exposición, *Los colores del dinero*, en la que se recogerá la obra de escritores y artistas de los dos últimos siglos que tiene alguna relación con el vil metal. Habrá desde textos de Baudelaire hasta piezas de Warhol. Dentro de un año, el Centre Santa Mónica de Barcelona le dedica una retrospectiva en la que se exhibirá una gran instalación y toda su obra de 20 años, a pesar de todo, según él, malvive del arte pero tiene una casa en el Ensanche de Barcelona y se está haciendo otra en Collioure.



De arriba abajo: *Tu perro te recuerda, Todos tenemos buen gusto* y *¿Dónde está la farmacia?* Obras realizadas por Carlos Pazos (a la derecha) en 1989.

«Nueva York es la ciudad de los desechos, que es la materia de mi trabajo. Sobre todo ese objeto inútil que se compra sabiendo que no vale nada y, por tanto, se gasta enseguida visual y sentimentalmente. Yo no me invento muchas cosas, lo único que hago es explicar lo que veo». El sistema de obtención de la materia prima es también extraordinario: «Encuentro estas cosas no sólo en la calle sino también en mercadillos. Tengo, además, vagabundos que registran las basuras. Hay piezas que no se acaban nunca porque no encuentro el objeto». Carlos Pazos vive en East Soho con su colección de Mickeys Mouses y sus 5.000 discos: «De música de todo, menos ópera». En el parque, bajo su ventana, un espectáculo increíble de mezcla de razas y trapicheos. Están los chinos, los dominicanos y, detrás, los judíos. Es tal la mezcla que mientras unos venden droga, los chinos viejos sacan a sus pájaros a tomar el aire y les cantan para que se aprendan dulces melodías».



«En último término es muy pintoresco. Yo entiendo la realidad así: esta especie de sinsentido, mezcla bárbara, estúpida, de situaciones que confluyen».

MERCEDES UNZETA/ELENA BUTRAGUEÑO